

LA JOYA PROHIBIDA

“¿Y como no deseárla?”, se preguntaba el soldado, cuando sentía que ya la amaba con todo su ser...

Aquella fría mañana el árabe se había acercado con silencios cautelosos a la puerta de la abacería, aprovechando la ausencia del padre y de los hermanos...

La mozárabe, la joven cristiana en tierra mora, ésa que se movía con aires danzantes haciendo alarde de una feminidad exultante, caracoleando su melena dorada cual si fuera la mujer más bella y deliciosa del planeta, le dijo que no:

-Mucho me miráis vos... Y ahora me pedís un beso... Solo os diré algo... Y solo a vos deseo decir tal cosa –y bajó la voz, mirando recelosa las cuatro esquinas del apartado-: catareis mis labios cuando bebáis el vino de la añada próxima.

-¡Pero para eso faltan meses todavía!, señora mía... Y además, soy musulmán: no puedo beber alcohol. ¿Como podré contener esta pasión desmedida que late por vos en tal demasía?

-Con dulzura y respeto, caballero de la media luna. Pues no es pasión lo que yo más quiero, sino amor... La primera es un hermosa llama, débil y fulgurante a la vez, que se desvanece al primer soplo de viento. Lo segundo, mi señor, es la perla de los sentimientos, la única razón de las felicidades, un gran fuego que no se extingue fácilmente; una hoguera que, si la cuidáis, si la aviváis de cuando en vez, arde eternamente, caldeando el cuerpo y las almas de los amantes.

El árabe sabía -aunque no lo quisiera aceptar- que los dhimmíes, es decir, las gentes del Libro (La Biblia), mozárabes y judíos españoles, tenían terminantemente prohibido desposarse con musulmanes, so pena de muerte. Más allá de los limes de la taifa al parecer los cristianos viejos aplicaban una ley muy similar a mudéjares y sefardíes, aunque de forma algo menos rigurosa.

Pero el amor no entiende de normas, y mucho menos de razas o pueblos...

Meses más tarde, en la intimidad que ambos compartían bajo tierra, en la vieja bodega clandestina que olía a barrica, cuando Azucena abrió la llave y tomó un poco de vino de la cuba entre sus manos blancas y desnudas, cual si fueran cuenco, el árabe, postrado ante ella, bebió el caldo que la princesa calentaba con tanto esmero...

Luego, aquel que otrora rezara a Alá, maldijo las leyes escritas por el hombre, y adoró a un Dios único y verdadero: el mismo en el que creían mahometanos, judíos y cristianos; el mismo que había moldeado la figura de su amada, de su pasión; la causa prima por la cual ahora el guerrero almohade bebía semejante ambrosía, sangre del fruto de la tierra, sin sentir por ello que estuviera pecando... Quizá fue el hechizo de amor, el embrujo que la joven destilaba por los poros de su piel afrutada, aquella mirada límpida y azul como el cielo, el origen de una plácida sensación que recorría y cautivaba la mente de aquel hombre de armas:

-Es el mejor vino que he saboreado jamás... Y aunque nunca bebí licores o cervezas sé que este es mi maná –y recogió las manos mojadas de la doncella, teñidas de carmesí, y besó sus palmas, las líneas de la vida que marcaban el sendero que huía hacia un futuro que compartirían pasara lo que pasara...

Lleno de ternura lloró de alegría, y ella lloró sobre él, y besó la boca del amado ebria de fuegos dionisiacos... Y luego, desnudos, se hicieron madeja en la noche de la cueva, e hicieron el amor hasta caer exhaustos, abrazados, amados...

Cuando el califa llegó a la ciudad y tuvo que marcharse por donde había venido a galope tendido (pues el “traidor” enamorado apareció en la torre del castillo secundado por un ejercito de cristianos) el pueblo de Rechenna vitoreó la grandeza de los sentimientos humanos, elogiando a su vez el sabor inolvidable del vino con el cual brindaban; el mismo que maceraban con mimo y cariño desde la época del Imperio Romano y que ahora producirían sin tener que ocultárselo a nadie.

Tras la Reconquista el tinto de Requena se convirtió en el mejor caldo del sur...

Dicen que el amor prohibido y eterno de aquellos mozos fue la razón para que sus herederos y todos los requenenses se unieran en complicidad para seguir vendimiando un vino de enamorados; un vino dedicado a ese amor verdadero y sin fronteras, que caldea los corazones de aquellos que tienen la suerte de saber lo que es la felicidad: aquellos que pueden jurar que aman y que se sienten igualmente amados.